

PROCTOR (*ríe como un demente y*): ¡Fuego, arde fuego! ¡Oigo la bota de Lucifer, veo su asquerosa cara y es mi cara la tuya, Danforth! Para quienes se acobardan de sacar a los hombres de la ignorancia, como yo me acobardé y como vosotros os acobardáis ahora, sabiendo como sabéis en lo íntimo de vuestros negros corazones que esto es fraude... Dios maldice especialmente a los que son como nosotros, y arderemos... ¡Arderemos todos juntos!

DANFORTH: ¡Alguacil! ¡Llévalo, y a Corey con él; a la cárcel!

HALE (*cruzando hacia la puerta*): ¡Yo denuncio este proceso!

PROCTOR: ¡Estáis echando abajo el Cielo y entronando a una ramera!

HALE: ¡Denuncio este proceso, abandono este tribunal!
(*Pega un portazo, yéndose.*)

DANFORTH (*llamándolo, enfurecido*): ¡Señor Hale, señor Hale!

T E L O N

A C T O IV

Un calabozo en la cárcel de Salem, ese otoño.

En el foro hay una ventana alta con barrotes; cerca de ella, un pesado portón. A lo largo de las paredes, dos bancos.

El sitio está a oscuras, a excepción de la luz de la luna que se filtra por entre los barrotes. Parece vacío. Ahora se oyen pasos a lo largo de un corredor, tras el muro, tintinean llaves, y se abre la puerta. Entra el alguacil Herrick con un farol. Está casi borracho y camina pesadamente. Va hasta un banco y codea un montón de harapos que hay en él.

HERRICK: ¡Sarah, levántate! ¡Sarah Good! (*Cruza hasta el otro banco.*)

SARAH (*levantándose en sus harapos*): ¡Eh, Majestad! ¡Ya voy, ya voy! ¡Títuba, ya está aquí, Su Majestad ha venido!

HERRICK: ¡Id a la celda del norte; este sitio se necesita ahora. (*Cuelga su farol de la pared. Títuba se sienta.*)

TITUBA: Ese no parecer Su Majestad a Títuba; parecer el alguacil.

HERRICK (*extrayendo una botella*): ¡Vamos, vosotras, despedad este sitio! (*Bebe y Sarah Good viene a escudriñar su cara.*)

SARAH: Oh, ¿eres tú, alguacil? Estaba segura de que eras el Diablo que venía por nosotras. ¿Podría probar un sorbito

de sidra ya que me voy?

HERRICK (*entregándole la botella*): ¿Y hacia dónde rumbas, Sarah?

TITUBA (*mientras Sarah bebe*): Vamos a Barbados, en cuanto llegar el Diablo con las plumas y las alas.

HERRICK: ¿Ajá? Os deseo un buen viaje.

SARAH: ¡Dos pájaros azules volando al sur, nosotras dos! ¡Oh, será una grandiosa transformación, alguacil! (*Levanta la botella para beber de nuevo.*)

HERRICK (*quitándole el frasco de los labios*): Será mejor que me des eso o no podrás levantar vuelo. Vamos ahora.

TITUBA: Yo hablaré acerca de vos, alguacil, si queréis venir con nosotros.

HERRICK: No me negaría, Títuba; es la mañana justa para volar al Infierno.

TITUBA: Oh, no Infierno en Barbados. Diablo ser divertido en Barbados, él cantar y bailar en Barbados. Vosotros..., vosotros lo enojáis aquí; ser muy frío por aquí para ese Viejo. Él, helársele el alma en Massachusetts, pero en Barbados, él ser tan dulce y ... (*Se oye el mugido de una vaca y Títuba salta y llama hacia la ventana.*) ¡Sí, señor! ¡Es él, Sarah!

SARAH: ¡Aquí estoy, Majestad! (*Rápidamente recogen sus trapos cuando entra Hopkins, un guardia.*)

HOPKINS: El comisionado del gobernador ha llegado.

HERRICK (*agarrando a Títuba*): Vamos, vamos...

TITUBA (*resistiendo*): ¡No, él venir por mí! ¡Yo ir a casa!

HERRICK (*empujándola hacia la puerta*): Ese no es Satán, sólo una pobre vaca con todo un balde de leche adentro. ¡Vamos, vamos, fuera de aquí!

TITUBA (*llamando hacia la ventana*): ¡Llévame a casa, Diablo, llévame a casa!

SARAH (*siguiendo a Títuba que grita*): ¡Dile que yo también voy, Títuba, dile que Sarah Good también va!

(*Fuera, en el corredor, Títuba aún grita "¡Llévame a casa, Diablo; Diablo, llévame a casa!" y la voz de Hopkins se oye ordenándole caminar. Herrick regresa y comienza a amontonar la paja y los trapos en un rincón. Al oír pasos se vuelve y entran Danforth y el juez Hathorne. Llevan capas y sombreros para abrigarse del intenso frío. Son seguidos por Cheever, que lleva una cartera de documentos y una caja chata, de madera, que contiene sus implementos de escritura.*)

HERRICK: Buen día, Excelencia.

DANFORTH: ¿Dónde está el señor Parris?

HERRICK: Voy a buscarlo. (*Se encamina hacia la puerta.*)

DANFORTH: Alguacil. (*Herrick se detiene.*) ¿Cuándo llegó el reverendo Hale?

HERRICK: Hacia la medianoche, me parece.

DANFORTH (*desconfiado*): ¿Qué es lo que viene a hacer?

HERRICK: Se mezcla con los que serán ahorcados, señor. Y reza con ellos. Ahora está con la señora Nurse. Y el señor Parris con él.

DANFORTH: ¿Ah, sí? Ese hombre no está autorizado a entrar aquí, alguacil. ¿Cómo es que lo habéis dejado entrar?

HERRICK: Pues porque el señor Parris así me lo ordenó, señor. No puedo contrariarlo.

DANFORTH: ¿Estáis borracho, alguacil?

HERRICK: No, señor; es una noche cruda y aquí no hay fuego.

DANFORTH (*reprimiendo su enojo*): Traed al señor Parris.

HERRICK: Sí, señor.

DANFORTH: Hay un hedor espantoso en este sitio.

HERRICK: Recién ahora os he sacado la gente de aquí.

DANFORTH: Cuidado con la bebida, alguacil.

HERRICK: Sí, señor. (*Aguarda un instante más órdenes. Pero Danforth, disgustado, le da la espalda y Herrick sale. Hay una pausa. Danforth medita.*)

HATHORNE: Interrogad a Hale, Excelencia; no me sorprendería que hubiese estado predicando en Andover, últimamente.

DANFORTH: Ya llegamos a eso; no me habléis para nada de Andover. Parris reza con él. Es extraño. (*Se sopla las manos, va hacia la ventana, mira afuera.*)

HATHORNE: Excelencia, me pregunto si es sensato dejar tan continuamente al señor Parris con los prisioneros. (*Danforth se vuelve hacia él, interesado.*) A veces pienso que ese hombre tiene en estos días aspecto de loco.

DANFORTH: ¿Loco?

HATHORNE: Lo encontré ayer saliendo de su casa y le di los buenos días... y él pasó de largo... llorando. Creo que no está bien que el pueblo lo vea tan inseguro.

DANFORTH: Tal vez tiene alguna tristeza.

CHEEVER (*golpeando los pies contra el suelo para combatir el frío*): Creo que son las vacas, señor.

DANFORTH: ¿Vacas?

CHEEVER: Hay tantas vacas vagando por los caminos, ahora que sus dueños están en la cárcel... y hay tanto desacierto sobre a quién van a pertenecer ahora. Sé que el señor Parris estuvo discutiendo con campesinos el día de ayer...

Hay una gran disputa ahora, señor, por las vacas. Las disputas lo hacen llorar, señor; siempre fué un hombre que llora por las disputas. (*Se vuelve al igual que Hathorne y Danforth al oír que alguien viene por el corredor. Danforth levanta la cabeza cuando entra Parris. Este está flaco, asustado, sudoroso en su levitón.*)

PARRIS (*a Danforth, instantáneamente*): ¡Oh!, buen día, señor, gracias por haber venido; perdonadme por despertaros tan temprano. Buen día, juez Hathorne.

DANFORTH: El reverendo Hale no tiene derecho a entrar en este...

PARRIS: Un momento, Excelencia. (*Se vuelve rápidamente y corre a cerrar la puerta.*)

HATHORNE: ¿Lo dejaréis a solas con los prisioneros?

DANFORTH: ¿Qué tiene que hacer aquí?

PARRIS (*levantando las manos, suplicante*): Excelencia, escuchadme. Es la Providencia. El reverendo Hale ha regresado para que Rebecca Nurse vuelva al seno de Dios.

DANFORTH (*sorprendido*): ¿La hace confesar?

PARRIS (*sentándose*): Escuchadme. Rebecca no me dijo una palabra desde que vino, hace tres meses. Ahora está con él, y la hermana de ella y Martha Corey y otros dos o tres, y él les está instando a que confiesen sus crímenes y salven sus vidas.

DANFORTH: Ciertamente... eso es providencial. ¿Y ellos se ablandan, se ablandan?

PARRIS: Todavía no, todavía no. Pero pensé llamaros, señor, porque podríamos decidir si no sería inteligente... (*no se atreve a decirlo.*) Tengo que haceros una pregunta, señor, y espero que no...

DANFORTH: Sed claro, señor Parris, ¿qué os preocupa?

PARRIS: Hay una novedad, señor, que el tribunal... el tribunal debe considerar. Mi sobrina, señor, mi sobrina... creo que ha desaparecido.

DANFORTH: ¡Desaparecido!

PARRIS: Había pensado avisaros a principios de semana, pero...

DANFORTH: ¿Por qué? ¿Cuándo desapareció?

PARRIS: Esta es la tercera noche. Sabéis, señor, me dijo que pasaría la noche con Mercy Lewis. Y al día siguiente, como no volvió, mandé a lo del señor Lewis a averiguar. A él, Mercy le había dicho que ella pasaría la noche en mi casa.

DANFORTH: ¿iAmbas han desaparecido!?

PARRIS (*temiéndole*): Las dos, señor.

DANFORTH (*alarmado*): Mandaré un destacamento tras ellas. ¿Dónde pueden estar?

PARRIS: Excelencia, creo que deben estar a bordo de un barco. (*Danforth está boquiabierto.*) Mi hija me dice que las oyó hablar de barcos la semana pasada, y esta noche descubrí... que mi cofre fué violado. (*Aprieta los dedos contra los ojos para contener las lágrimas.*)

HATHORNE (*atónito*): ¿Os ha robado?

PARRIS: Treinta y una libra desaparecidas. Estoy sin un penique. (*Se cubre el rostro y llora.*)

DANFORTH: ¡Señor Parris, sois un tonto! (*Camina pensativo, profundamente preocupado.*)

PARRIS: Excelencia, no sirve de nada que me censuréis a mí. No puedo creer que se escaparan a menos que temiesen quedarse por más tiempo en Salem. (*Está suplicando.*) Tened presente, señor, que Abigail conocía bien este pueblo, y desde que aquí llegaron las noticias de Andover...

DANFORTH: Andover está solucionado. El tribunal regresa allá el viernes y reanudará su examen.

PARRIS: Estoy seguro de ello, señor. Pero aquí se dice que hay rebelión de Andover y eso...

DANFORTH: ¡En Andover no hay rebelión!

PARRIS: Os digo lo que aquí se dice, señor. Dicen que Andover expulsó al tribunal y no quieren saber nada de brujería. Aquí hay un bando que está divulgando esa noticia y, os digo la verdad, señor, temo que haya tumultos.

HATHORNE: ¡Tumultos! Pero si en cada ejecución no he visto más que gran satisfacción en este pueblo.

PARRIS: Juez Hathorne..., los que colgaron hasta ahora eran de otra clase. Rebecca Nurse no es una Bridget que haya vivido durante tres años con Bishop antes de casarse con él. John Proctor no es un Isaac Ward que haya arruinado a su familia por la bebida. (*A Danforth*): Ojalá no fuese así, Excelencia, pero esta gente todavía tiene gran peso en el pueblo. Dejad que Rebecca se pare junto al patíbulo y eleve al Cielo alguna virtuosa oración... y mucho me temo que despertará una venganza contra vos.

HATHORNE: Excelencia, está condenada por bruja. El tribunal ha...

DANFORTH (*interrumpiéndole con un movimiento de la mano, profundamente inquieto*): Os ruego. (*A Parris*): ¿Qué proponéis, entonces?

PARRIS: Excelencia, yo postergaría esas ejecuciones por algún tiempo.

DANFORTH: No habrá postergación.

PARRIS: Ahora que regresó el señor Hale, hay esperanzas, creo..., pues si él trae al seno de Dios aunque sólo sea a uno de éstos, esa confesión, sin duda, condenará al resto ante los ojos del pueblo, y nadie podrá dudar ya de que todos

ellos están aliados con el Infierno. En cambio así, inconfesos y protestando su inocencia, las dudas se multiplican, mucha gente honrada llora por ellos y nuestro doble propósito se pierde en sus lágrimas.

DANFORTH (*después de pensarlo un momento, yendo hacia Cheever*): Dadme esa lista. (*Cheever abre su cartera y busca.*)

PARRIS: No puede olvidarse, señor, que cuando convoqué a la congregación para la excomunión de John Proctor, apenas vinieron treinta personas a escucharla. Eso indica un descontento, creo, y...

DANFORTH (*estudiando la lista*): No habrá postergación.

PARRIS: Excelencia...

DANFORTH: Y bien, señor..., en vuestra opinión, ¿cuál de éstos podrá ser traído ante Dios? Yo mismo me empeñaré con él hasta el alba. (*Le alcanza la lista a Parris quien se limita a echarle una ojeada.*)

PARRIS: Hasta el alba no hay tiempo suficiente.

DANFORTH: Haré todo lo que pueda. ¿Por cuál de ellos tenéis una esperanza?

PARRIS (*ahora sin mirar siquiera la lista, trémulo y en voz baja*): Excelencia..., un puñal... (*se interrumpe, sofocado.*)

DANFORTH: ¿Qué decís?

PARRIS: Esta noche, al abrir la puerta para abandonar mi casa..., un puñal cayó al suelo. (*Silencio. Danforth asimila eso. Ahora Parris estalla*): No podéis colgar a los de esta clase. Hay peligro para mí. De noche no me atrevo a asomarme afuera.

(*Entra el reverendo Hale. Lo miran un instante en silencio. Está impregnado de tristeza, exhausto, y más decidido que nunca.*)

DANFORTH: Aceptad mis congratulaciones, reverendo Hale; estamos regocijados de ver que habéis vuelto a vuestra noble tarea.

HALE (*viniendo ahora hasta Danforth*): Debéis perdonarlos, No ceden.

(*Entra Herrick. Espera.*)

DANFORTH (*conciliador*): No comprendéis, señor; no puedo perdonar a éstos cuando ya hay doce ahorcados por el mismo crimen. No es justo.

PARRIS (*desanimado*): ¿Rebecca no quiere confesar?

HALE: Excelencia, el sol saldrá dentro de pocos minutos; necesito más tiempo.

DANFORTH: Escuchadme bien y no os engañéis más. No atenderé ni un pedido de perdón o postergación. Aquellos que no confiesen serán colgados. Doce ya han sido ejecutados; los nombres de estos siete se han publicado y el pueblo espera verlos morir esta mañana. Una postergación ahora indicaría un tropiezo de mi parte; una suspensión o el perdón deben provocar la duda sobre la culpabilidad de aquellos que murieron hasta ahora. Mientras yo sea intérprete de la ley de Dios, no quebraré Su voz con plañidos. Si lo que teméis son represalias, sabed eso...: haría colgar a diez mil que se atreviesen a levantarse contra la ley, y todo un océano de amargas lágrimas no podría ahogar la resolución de los códigos. Errores, pues, como hombres ayudadme, como tenéis la obligación de hacerlo por mandato del Cielo. ¿Habéis hablado con todos ellos, señor Hale?

HALE: Con todos, menos con Proctor. Está en la mazmorra.

DANFORTH (*a Herrick*): ¿Cómo se porta, Proctor, ahora?

HERRICK: Está sentado, como un gran pájaro; no diríais que vive si no fuera porque de cuando en cuando toma algún alimento.